



¿Es posible educar a los políticos?

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Setiembre, 2005

Síntesis: Para que el ejercicio de la función pública sea eficiente es necesario que quienes acceden a ella posean una preparación sistemática. Ahora bien, ésta trasciende la formación académica o la asimilación de conocimientos; lo que se necesita es una mejor formación política. Sin embargo, la ausencia de esta última es lo que prima en el país y de ahí el porqué del desempeño deficiente de los políticos. Los partidos políticos son los llamados a subsanar esta carencia, al ser estos los responsables de la calidad de los representantes y funcionarios que tengamos. Ellos son los que deben educar a sus políticos, en conocimiento, valores y calidad.

La pregunta no es retórica ni tiene la mala intención que se le podría achacar si se asumiera que todos los políticos – y el universo de quienes son considerados tales es muy amplio – son maleducados o hacen gala de supina ignorancia. Por lo tanto, no es a una eventual falta de modales o de respeto a la que se alude, ni tampoco a deficiencias individuales en materia de estudios escolares o superiores.

Nada de ello, la pregunta es honesta y se dirige al supuesto, poco discutido, de que la actividad proselitista, partidaria, legislativa, de asesoría o de directo ejercicio del poder en sus diversos ámbitos, es respetable y, por ello, requiere del respaldo de una formación personal, orgánica y consistente. Sin embargo, pocas esferas de la vida pública han recibido en el país tan poca atención, como la preparación sistemática de quienes eligen como actividad primaria el desempeño o ejercicio de lo que se conoce como la responsabilidad o función pública y el oficio político.

De una parte, los cambios producidos en el ‘sistema’ político partidario nacional y en los procedimientos electorales (importantes sobre todo en la selección de parlamentarios) han tenido a partir de la Constitución de 1979 un efecto negativo para la imagen y la reputación de la “clase política”. Como en otras áreas, es a partir del término del gobierno militar (1968-1980) que las instituciones políticas y de gobierno, se vieron confrontadas dentro y fuera del país con nuevos escenarios: crisis de la deuda, violencia interna, impacto de las transformaciones tecnológicas, presión por ajustes en una nueva economía, demandas populares crecientes, inicio de la globalización y, en la época más cercana, el fenómeno de una corrupción rampante e incontrolada.

Hoy, la opinión pública no se limita a querer que los políticos sean “gente educada”, profesionalmente calificada y dotada de sentido común. El énfasis se pone en su honestidad y en que su comportamiento sea ético, no forzosamente en lo individual, pero sí en el ejercicio de sus funciones públicas.

El papel de los partidos

Está escrito con detalle lo que significó el interregno militar para la democracia peruana. Los partidos políticos que venían de la etapa anterior traían un recuerdo y la experiencia de ciertos usos y procedimientos partidarios para el reclutamiento, afiliación, capacitación y fortalecimiento de la militancia. La conducción de la actividad política, desde el nivel “de base” local o distrital hasta el Parlamento, suponía orientación y seguimiento de las



dirigencias partidarias. No es que hubiese una armónica estructura ni que en todas las tiendas se aceptara patrones de comportamiento similares, pero los modelos originales se mantuvieron.

Hasta 1968, en la derecha nacional, desde el pradismo y el odríismo, hasta otros grupos y frentes, se proponía, elegía o nombraba personalidades de sus círculos en ministerios y listas parlamentarias garantizando un elitista pero, hasta cierto punto, efectivo control de calidad. En el centro, más modernos y pragmáticos, Acción Popular, APRA, PPC y Democracia Cristiana reposaban en versiones actualizadas de los socialismos ‘moderados’ (social democracia y social cristianismo) aceptando la idea del “partido” construido alrededor de una base ideológica, un compromiso activo en la militancia desde los años juveniles y el afianzamiento de comités territoriales. En la izquierda, el modelo de partido “leninista” siguió evolucionando con la emergencia de movimientos, frentes y formas más adaptadas al contexto local.

Un elemento común que recorría este mundo político era la importancia dada a la formación. Escuelas partidarias, seminarios, cursos o jornadas con activa participación de las dirigencias nacionales caracterizaron la actividad de los grupos sobre todo de la izquierda y del centro. El objetivo era fijar bases o pautas ideológicas claras, transmitir un sistema de ideas y de certezas, generar fidelidades a la “causa”, afirmar un lenguaje propio, fortalecer la identidad del militante y darle herramientas para el debate y para generar propuestas. En los centros de capacitación política se enseñaba junto con economía, realidad nacional y temas de desarrollo, los valores propios a los que adhería el partido; y como instrumentos, normas de debate y procedimiento parlamentario, oratoria, redacción y prácticas de reclutamiento.

Los doce años de gobierno militar borraron mucho de esta tradición. Los partidos sobrevivientes, al reconstituirse bajo normas nuevas, pensaron poder vivir de sus rentas antiguas y retomar la nación donde la dejaron. En los años ochenta se lanzaron de plano al activismo sin mayor atención a las tareas de formación, pese al número e impacto de la juventud que se incorporaba a la vida política y a los cambios evidentes que vivía el país. La década del noventa mostró los resultados de esta negligencia cuando accedieron al poder partidos de conveniencia, agrupaciones coyunturales, más bien grupos de interés, que no pretendían bases éticas ni ideológicas consistentes. Esta situación de desinterés para los partidos que se hace evidente cuando resulta más importante prestar atención a la creación de caminos y discursos acordes a los intereses particulares de diversos grupos (en orden de ganar las elecciones), queda puesta de relieve en la fragilidad moral de muchos de los partidos actuales, unida a los escándalos de los últimos años, sobre falseamientos electorales, fraudes, favoritismos y nepotismo es lo que lleva a una justificada indignación de la opinión pública. A ello se suma la falta de sindéresis de dirigentes partidarios, legisladores y funcionarios públicos que buscando proyectarse, con frecuencia logran una imagen negativa para ellos y sus agrupaciones.

Los medios masivos, y en particular la prensa escrita nacional, no solamente se solazan con frecuencia en poner al descubierto errores, equivocaciones y “metidas de pata” de dirigentes partidarios, ministros, legisladores, ediles o personajes de su entorno, sino que critican ásperamente e incluso cubren de epítetos denigrantes o insultantes a miembros de esta “clase política”, por su aparente desmanejo y falta de conocimiento y de dominio de temas sobre los cuales opinan, o deben pronunciarse y, peor aún, decidir.



¿Son injustas o agresivas estas apreciaciones?

Depende de la óptica desde la cual se formulen. En el universo descrito, que incorpora funcionarios y miembros de la alta dirección de muchas organizaciones, encontramos numerosos profesionales, con una meritoria carrera y reputación asentada. Por ello hay que reiterar que con frecuencia no se trata de falta de conocimientos o de formación académica sino de carencia de formación “política”.

La respuesta no tarda en llegar: “para ser político no se estudia”, “¡el político se hace!”. Cierto y falso. Los estudios de política (las ciencias políticas) son una disciplina respetable, útil y muy valiosa pero no pretenden formar actores políticos, sino proporcionar al país analistas, especialistas en temas institucionales, asesores y formadores de opinión. En cambio, el político efectivamente “se hace” a lo largo de su historia personal, conjugando conocimientos, experiencias, reflexión, habilidad, arrojo y una serie de otros ingredientes que se supone incluya sentido común, rapidez de juicio y capacidad para decidir. Este listado de manual sólo parcialmente proviene de la academia. ¿Y el resto?

El resto lo debería dar esa base institucional de formación y educación que en el país se ha venido destruyendo. Tal como la escuela, los municipios o las iglesias, los partidos son importantes instituciones nacionales. Es a través de ellos que se canaliza la propuesta de la ciudadanía para todas las tareas de gobierno, del pueblecito o el barrio a las altas responsabilidades nacionales. Son los partidos quienes proponen y deciden los candidatos.

Son ellos, por lo tanto, responsables de la calidad de representantes y funcionarios que tengamos. No es el Estado. Sin embargo ¿cómo se justificaría -desde sus puntos de vista- asumir plenamente tal responsabilidad? Son ellos los que tienen que dar la cara cuando sus militantes delinquen, cuando se equivocan o ponen en riesgo el servicio público o cuando traicionan los intereses nacionales. Son ellos los que tienen la obligación de educar a sus “políticos” (en conocimiento, en valores y en calidad). Y es menos importante cómo lo hagan: directamente, en escuelas, centros o institutos de partido, o como algunos de los grupos más serios están tratando, en colaboración con terceros, en convenio con universidades, escuelas superiores, fundaciones o agencias de la cooperación internacional.